

## SÁTIRA FILOSÓFICA

92

*Arguye de inconsecuentes el gusto y la censura de los hombres que en las mujeres acusan lo que causan.*

HOMBRES necios que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis:  
si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén,  
¿por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?  
Combatis su resistencia  
y luego, con gravedad,  
decís que fué liviandad  
lo que hizo la diligencia.  
Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco,  
al niño que pone el coco  
y luego le tiene miedo.  
Queréis, con presunción necia,  
hallar a la que buscáis,  
para pretendida, Thais,  
y en la posesión, Lucrecia.  
¿Qué humor puede ser más raro  
que el que, falso de consejo,  
él mismo empaña el espejo,  
y siente que no esté claro?  
Con el favor y el desdén  
tenéis condición igual,  
queciándoos, si os tratan mal,  
burlándoos, si os quieren bien.  
Opinión, ninguna gana;  
pues la que más se recata,

REDONDILLAS

229

si no os admite, es ingrata,  
y si os admite, es liviana.  
Siempre tan necios andáis  
que, con desigual nivel,  
a una culpáis por críel  
y a otra por fácil culpáis.  
¿Pues cómo ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata, ofende,  
y la que es fácil, enfada?  
Mas, entre el enfado y pena  
que vuestro gusto refiere,  
bien haya la que no os quiere  
y quejaos en hora buena.  
Dan vuestras amantes penas  
a sus libertades alas,  
y después de hacerlas malas  
las queréis hallar muy buenas.  
¿Cuál mayor culpa ha tenido  
en una pasión errada:  
la que cae de rogada,  
o el que ruega de caído?  
¿O cuál es más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga:  
la que peca por la paga,  
o el que paga por pecar?  
Pues ¿para qué os espantáis  
de la culpa que tenéis?  
Queredlas cual las hacéis  
o hacedlas cual las buscáis.  
Dejad de solicitar,  
y después, con más razón,  
acusaréis la afición  
de la que os fuere a rogar.  
Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia,  
pues en promesa e instancia  
juntáis diablo, carne y mundo.

v. 35 *que no hay sagrado seguro*...: aquí, *es sagrado* el adj. substantivado, cfr. "acogerse a sagrado": ponerse a salvo en un convento o templo, de donde no podía sacar a nadie la justicia profana, y en cuyo umbral se detenía toda persecución.

v. 38 *pecito* (del latín: "prae-scire", saber anticipadamente): lo contrario de "predestinado", o sea: previsto objeto de la condenación...

v. 33-4 *de lo que callé*—de lo imperfectamente que lo pondero, o del silencio que antes guardé, "quitando el uso de la lengua / por darme al corazón" (v. 11-2)—; "inferirás lo que calló: lo grande de tal amor..."

92

"Hombres necios, que acusáis"... (Castál, 85; I, 1725, 76).

El tópico tenía larga tradición, con ecos verosímiles aquí. *Juan de la Encina*, "Contra los que dicen mal de mujeres":

Miremos lo que es razón:  
si algunas culpadas se hallan,  
callemos, pues ellas callan  
que las culpas nuestras son...  
Nosotros fingimos penas  
por mostrarles que penamos...:

*Barlolomé Torres Naharro*, en su "Comedia Serafina" (1517):

De mujeres blasfemamos  
los que malas las hacemos;  
un error suyo diremos  
y dos mil nuestros callamos.

y el mismo, en su "Comedia Justina":

Mas ¡cuánto peca en simpleza  
quien dice mal de mujeres,  
que son minas de placeres  
y fuentes de gentileza!

El *Romancero General* (Madr. 1604 y 1614) incluye un *Romance del Maldiciente* (cfr. Clementina Díaz y de Ovando: "Acercas de las redondillas de Sor J.", en *Anales del Inst. de Invest. Estéts.*, Méj., 1945, IV, 13, pp. 43-54), donde a "ese Conde Cabrunelo" que "abaldonaba a toda mujer", le da "la Reina" idéntica lección:

Traidores hombres del mundo  
han hecho traidoras hembras:  
dellos aprendieron culpas  
si culpas cometen ellas...

Y aún más seguro creemos el recuerdo de *Alarcón*, en sus también redondillas de "Todo es ventura", III:

Según eso, ¿cómo quieres que yo, que tanto las precio, entre en el uso tan necio de injuriar a las mujeres?... ¿Qué es lo que más condenamos en las mujeres? ¿El ser de inconstante parecer? Nosotros las enseñamos...

Pese a tanto linaje, derrocha aquí Sor J. tal personalidad, que hace olvidar aquellos precedentes: *Fernández de Lizardi*, admirador de "la M. Sor Juana, poetisa famosa... que mereció el epíteto de la Décima Musa" (fr. "El Periquillo", IV, c. 2), copia en "La Quijotita", c. 8 y 9, este poema de "la Monjita, nuestra paisana", con encendido encomio de su ambiente y sabia equidad social... *Don Severo Catalina* (en "La Mujer", Madrid, 1858, c. XII) lo llamará "un tratado importantísimo de filosofía y de moral"... *Eusebio de la Cueva*, en "Vientos de Juventud", Méj., 1908, p. 121-2 (cfr. en nuestra "Fama"), imita a la "sublime Monja de amigo", diciendo "A Sor J. I. de la Cruz":

A la que me ama, de tonta  
califina mi desvío,  
tengo por noble y santa  
a quien busca mi albedrío...

*A. Granja Irigoyen* bordó con dicha pieza —y con *Este amoroso torzuto*, *En perseguirme*, *mundo*...; *Rosa que al prado*...; etc.— su drama "El Tapalo de la Virreina" (en "Trilogía Dramática", Méj., 1939). Ni le han faltado "refutaciones", en dos graves parodias "no exentas de ingenio y gracia", que Abreu Gómez reprodujo en "Revista de Revistas", de Méjico, 1934. Del librero español *D. Pedro Paris*, en el "Caldentido Mercantil Jaisciscense", de Guadalajara, 1882, es esta *Réplica a Sor J. I. de la C.*, en *defensa de los hombres*:

Sor Juana con mil razones,  
sin consultar pareceres,  
justifica a las mujeres  
y condena a los varones.  
Mas sus razones al ver  
han vanas como la esponja,  
se comprende que la Monja  
no debía de ser mujer...  
Por una causa sin nombre,  
siendo tan terna y tan bella,  
juntáronse al punto en ella  
los enemigos del hombre...:  
y fue tal su condición,  
que el mismo Demonio quiso  
que fuera en el Paraíso  
su agente de seducción...  
¡Aquesta pesada bromista  
hizo al hombre la mujer,  
y hoy pretende aparecer  
como candida paloma.

Solo y querido de Dios  
el hombre muy bueno era:  
mas tuvo una compañera  
y fueron malos los dos.  
Pues bien, ¿habrá quien  
¡me nombre  
al que este mal pudo hacer?  
¿Daño el hombre a la mujer,  
o la mujer daño al hombre?...  
Desde entonces, diligente  
la mujer, con gracia y fino,  
sigue el instinto dañino  
que heredó de la serpiente.  
Con sus hechizos ufana,  
hace de diversos modos,  
que todos los hombres, todos,  
coman la fatal manzana...  
De su rostro retorçado  
persuasiva es la elocuencia.

aunque hay mucha diferencia de lo vivo a lo pintado; se ven de sus labios rojos las sonrisas combinadas con la luz de las miradas que se escapan de sus ojos; luego el rizado cabello, las cintas, perlas y flores, y los brillantes primores de los dijes de su cuello...; y su elocuencia duplica, desde la cabeza al pie, ese sutil no sé qué que se siente y no se explica. Así, sin perder su norte, del hombre el querer provoca, y antes que hable con la boca él, ella habla con su porte. De su adorno a los reflejos solicitándolo terca, para que le hable de cerca ella le habla desde lejos... ¿Quién es el culpable, pues, que cargar debe el madero? ¿La mujer, que habla primero, o el hombre, que habla después? Si ella con porte sensual juega al amor y al desdén,

Y del *Lic. D. Justo Cecilio Santa Anna*, 1888, apareció esta otra imitación e impugnación, en un periódico de S. Juan Bautista, Tabasco:

Mujeres: ¿por qué os quejáis de nuestra ardiente pasión, cuando sois la tentación de aquello que reprocháis? ¿Por qué, con odio mortal, amor pagáis con desdén? Y si os tratamos tan bien, ¿por qué nos tratáis tan mal?... ¿De veras no nos amáis? ¿De veras no nos queréis? Si no os buscamos, veréis que vosotras nos buscáis... ¿Conque, sin hacernos caso, caeréis de puro rogadas? Si anduvierais bien calzadas, nunca dierais un mal paso; y os diré, no por enojos ni por causaros agravios, que si no son vuestros labios, si nos llaman vuestros ojos,

¿podrá decir que obra bien cuando va incitando al mal? Si ella con pueril denuedo, usa un proceder tan loco, ¿quién es el que pone el coco y luego le tiene miedo? Si con tal estratagemá gusta con lumbre jugar, ¿de quién se podría quejar cuando su casa se quemara? En tan delicado asunto mucho se debe pecar al vender como al comprar; pero, curioso, pregunto: ¿Quién más falla a la justicia entre los que a Dios ofenden: quien compra lo que le venden, o quien vende por matar? ¿Quién más, por su mala estrella, merece condenación: quien pone la tentación o el que débil cae en ella? Y aunque de las buenas no habla, importa tener presente que acecha traideramente detrás de la Cruz, el Diablo. Porque aunque en ellas se encarna un alma de santo imán, siempre en ellas juntos van el Mundo, Demonio y Carne.

¿Y quién causa más horror entre el hombre y la mujer: el que compra su placer, o la que vende su honor?... Decís que el hombre es tan necio y tan loco en su rigor, que se enoja del amor, y se enoja del desprecio, y que toda resistencia nuestro torpe instinto aguija, ¡para salir con la excusa de vuestra casta inocencia! Eso sí que no es verdad y en ello vais muy erradas, pues siempre os hacéis rogadas aunque os sobra voluntad... ¿Que cómo ha de estar templada la que nuestro amor pretende? Pues cómo ha de estar, se entiende ¡locamente enamorada!...

San *Valbuena Pazi*, contra la universal y secular popularidad de tales "temáticas redondillas", las llama "prosaicos y precampoamericanos versos... lo peor de su obra" (II, 166). Reacción injusta. Aunque inferiores a las maravillas líricas, son su joya más alta en el género de sátira filológica, que acuña inolvidable, lapidariamente, las más agudas verdades de su vida común "sentido común"... —Y descendamos ya a sus notas redondas:

<sup>11</sup> *Parcer quiere*...: "parecerse", diríamos hoy.

<sup>12</sup> *el coco*... Así *Quevedo*, rom. "Tratando mal a una Dama" (*Asimán Martín*, p. 97):

la de la cara de hereje, / la que a los niños es coco...;

<sup>13</sup> rom. "Érase que se era"... (ib., 253):

Una viejecita / del tiempo de moros,  
para niños bruja, / para niñas coco...

*Justo Pantaleón* ("Obras", Madr., 1631, reed., 1944, I, 148):

más espantado que el niño / que oye el trasego o mira el coco...;

ib. (189) llama a Cupido, por terror de los Dioses, "alado *Coco* de *Diage*"... —En el "*Lazarillo de Tormes*", c. 1 (ya cit. por *Lobe* en *La Dorotea*), se lee también: "Huía de él con miedo para mi madre, decía...: ¡Mama, coco!"... —Y a tal espectro, que vive todavía en acervo folklore infantil, alude "*La Suave Patria*" de *López Velarde*:

y la hora actual, con su vientre de coco...;

<sup>14</sup> *ra*, preñada de espantos.

<sup>15-16</sup> *Thais*...: la proverbial cortesana de Atenas, que entre sus apasionados contó a Menandro, Alejandro Magno y el primer Tolomeo de Egipto; y *Lucretia*...: el prototipo de fidelidad conyugal en la Roma clásica; cfr. lo anot. al núm. 153. —Casi idéntica antítesis (salvo una línea, de "Thais" a "Lais"), aplicase en *Marcial* a una mujer, hablando al esposo (Epigr., I, XI, 104, "In uxorem", v. 21-2):

*Si te delectat gratias, Lucretia toto  
sis licet usque die; Laida nocte volo...*

(*Sé Lucretia* todo el día, / si quieres tal gravedad;  
pero de noche y a solas / conmigo, te quiero *Lais*...).

<sup>17</sup> "¡amáis diablo, carne y mundo"...: los "tres enemigos del alma", según el Catecismo católico.